
LA MÉRIDA PRERROMANA Y EL POBLAMIENTO PRE Y PROTOHISTÓRICO DE SU COMARCA



J U A N J A V I E R E N R Í Q U E Z
N A V A S C U É S

Arqueólogo

Dirección General de Patrimonio Cultural. Junta de Extremadura

RESUMEN

El actual registro arqueológico sobre el poblamiento pre y protohistórico de Mérida permite extraer claras conclusiones. En unas sociedades con un complejo desarrollo capaces de implantar sistemas de explotación y control territorial definibles el protagonismo de los núcleos gravita en función de diversos factores. El espacio físico de la ciudad romana es un punto espacial utilizado de manera puntual y discontinua: dentro de un proyecto de desintegración y transformación cultural y territorial.

SUMMARY

The current archaeological registration on the preroman settlement protohistoric of Mérida permits have clear conclusions. In some societies with a complex capable development of implanting systems of important exploitation and control territorial, the protagonismo of the nuclei gravitates in function of diverse factors and the physical space of the Rroman city is a point space used of punctual manner and non punctual: inside of a project sisintegration and cultural transformation and territorial.

La existencia o no de una Mérida prerromana se ha planteado en diversas ocasiones en base fundamentalmente a la valoración de diversos hallazgos esporádicos, no muy numerosos y siempre descontextualizados, que corresponden a distintas épocas y que incluso plantean dudas a veces en cuanto a su verdadera procedencia. En conjunto resultan elementos arqueológicos dispersos, muy pocas veces asociados a actividades antrópicas concretas, que en el caso de los de cronología más reciente resultan insuficientes desde el punto de vista de la contrastación arqueológica para poder demostrar la existencia de una Mérida prerromana sobre la que se fundase la ciudad romana (Enríquez y Jiménez, 1989, 165-169). Argumentos topográficos y estratégicos que han apuntado al cerro del Calvario como posible lugar de ubicación de un castro (Macías, 1913; Álvarez Martínez, 1984) tampoco han encontrado confirmación hasta el momento y, además, la investigación de los patrones de asentamiento de la 2.^a Edad del Hierro en la Cuenca media del Guadiana ofrece hoy modelos (Rodríguez Díaz, 1989) que no concuerdan con las características concretas del cerro del Calvario, en el que se ha valorado solamente su altitud relativa en la confluencia entre dos ríos, pero no otros elementos de análisis territorial para caracterizar la naturaleza de los asentamientos. La documentación empírica, varias veces analizada (Álvarez Martínez, 1984; Enríquez y Jiménez, 1989), y las consideraciones topográficas aludidas no han permitido así confirmar la formulación teórica de una Mérida indígena ocupada en el momento de la llegada de los romanos. Naturalmente con ello no puede asegurarse que un día no aparezcan los restos de un enclave indígena, pero en cualquier caso –y a la vista también de la cantidad de sondeos y remociones de tierra efectuadas en lo que hoy es la ciudad– no hay que esperar que correspondan, en el caso de que aparezcan, a un asenta-

miento importante desde el punto de vista del poblamiento prerromano y de la concepción espacial de su territorio.

En el tema además no se han producido en estos últimos años novedades que permitan retomar el análisis intrínseco de la Mérida indígena prerromana desde el punto de vista del análisis de las evidencias arqueológicas de la propia ciudad. No obstante, no han dejado de tener lugar hallazgos prehistóricos de diversas épocas en el entorno emeritense e incluso algunas en el seno de la ciudad misma, con los que se ha enriquecido nuestro conocimiento sobre el poblamiento prehistórico de la zona y sus características, aportando en este sentido datos de interés para la valoración de la territorialidad en tiempos prehistóricos del espacio físico que ocupa la ciudad y el entorno geográfico en que se integra. Así pues, a pesar de que son bien conocidos la mayor parte de los restos prehistóricos que ha proporcionado Mérida ciudad, con los hallazgos ya divulgados y con los más recientes puede plantearse un nuevo punto de vista para analizar la cuestión, tomando como variable de análisis la ocupación prehistórica del territorio. Se trata de plantear el tema desde la perspectiva del poblamiento prerromano de la zona y ver si el enclave concreto sobre el que erigió la ciudad romana jugó un papel importante o no en los procesos culturales anteriores a los romanos. Es decir, un óptica distinta de aproximación al tema, desde el contexto del poblamiento y sus sistemas.

La formulación de una hipótesis a este respecto viene apoyada en la necesidad de un correlación entre un sistema de poblamiento estable y complejo con su consiguiente control territorial, determinado por una pautas geoestratégicas de ocupación y uso, y el aprovechamiento concreto de un espacio determinado, en este caso el solar de la futura Augusta Emerita, en función de dichas pautas de expresión del sistema territorial. Es decir, que en el espacio debe quedar

reflejada la organización territorial y concepción estratégica de los sistemas de control que se han desarrollado en un determinado marco físico, cuestión teórica ésta que puede abordarse desde distintos posicionamientos (Criado, 1993). En definitiva, lo que se trata es de ver el papel desempeñado por el espacio que ocupa la ciudad de Mérida desde el momento en que se detecta una ocupación estable y continuada del espacio en que se integra.

I EL TERRITORIO

El territorio natural en que se inscribe Mérida lo constituye la comarca de su mismo nombre, cuyas características físicas le otorgan una personalidad geográfica definida (Sos, 1964), de límites abiertos pero bien precisados, dentro de la cual destacan notables capacidades agropecuarias y cinegéticas, desigualmente repartidas, sin que falten ciertos recursos mineros. El Guadiana articula el territorio y concentra buena parte de la capacidad agrícola, pero sobre todo constituye el punto de encuentro de rutas naturales que vienen a cruzar por allí su cauce, precisamente en esta zona de separación entre las Vegas altas y bajas del Guadiana. Los vados adquieren así una importante función y constituyen un eje de control fundamental en relación con el camino. Los vados reconocidos y más importantes de la comarca son el de Los Patos, al sur de Don Alvaro, y el de la Estación de Zarza de Alange, a los cuales puede añadirse el de Villagonzalo, junto a la estación de ferrocarril, el de Valverde, en el antiguo camino de Valverde de Mérida a Guareña, el de la desembocadura del río Aljucén, con carácter sólo estacional y que aprovechaba el camino viejo de Esparragalejo a Calamonte, y también con igual carácter el de San Pedro de Mérida.

En este punto consideramos importante aclarar el tema del vado de Mérida sobre el que se

construyó el puente romano. Hace tiempo que así se afirmó (Álvarez Martínez, 1983, 17) y se ha venido repitiendo insistentemente, pero en ninguna cartografía antigua o moderna y en ningún estudio sobre el río Guadiana aparece este punto señalado como vado o lugar de paso natural del río Guadiana. No hay así argumento fisiográfico o topográfico alguno que permita sustentar dicha atribución, mientras, por otra parte, las propias cotas de inundación del río en este punto hacen inviable que así lo fuera. Recuérdese además, a efectos paleoambientales, la propia anchura de cauce, que a su paso por Mérida alcanza una longitud de un kilómetro, como recoge el propio Álvarez Martínez al hablar del largo trazado del puente (Álvarez Martínez, 1983, 9), la existencia del mismo dique romano, las inundaciones y reparaciones del puente, etc. Otra cuestión distinta es que ese lugar, por la presencia de la llamada "isla", favoreciera la cimentación sólida y construcción del puente, siguiendo otros modelos de aprovechamiento de accidentes naturales conocidos y bien analizados por Álvarez Martínez. Pero una cosa son las condiciones favorables del lugar para un puente y otra distinta la existencia de un vado natural semejante a los citados. Con todo, creemos que es en ese sentido de lugar idóneo para un puente teniendo en cuenta los accidentes del entorno en el que se utilizó el término vado y no en su verdadera acepción de sitio natural de cruce del cauce del río. Por consiguiente, desde el punto de vista de la red viaria natural, no transformada por la ingeniería humana, no puede considerarse ese lugar como un vado del Guadiana.

Pero junto a los vados y el valle, que alcanzan unas cotas entre 200 y 220 metros de altitud, hay que recordar cómo la topografía, geología, sedimentología e hidrología muestran otros accidentes y elementos destacados del paisaje. La penillanura granodiorítica, que domina al N. del

Guadiana con suelos pardos meridionales de poca profundidad y áreas de pardo mediterráneos, contrasta con las tierras del valle. Alcanza una altura media de 250 metros y se eleva gradualmente con la sierra de Mirandilla (508 metros) como punto topográfico más relevante. Al E. de la sierra un relieve alomado con alturas que llegan a los 350 metros domina con amplitud la inflexión del Guadiana y las tierras llanas de suelos aluviales de San Pedro de Mérida. Mientras, al O. hay que destacar la desembocadura del río Aljucén, con un amplio campo visual en la transición entre la penillanura y el valle en ambos márgenes del Guadiana, que alcanza ya en este punto cuatro kilómetros de anchura.

Por el S., la sierra de San Serván (610 metros) cierra el flanco S.O., continuando las serratillas cuarcitasas hasta la sierra de Peñas Blancas (655 metros) y La Oliva (675 metros) que lo hacen por el S.E. En este reborde meridional la sierra de Oliva de Mérida presenta una estratégica posición enfrente de la curvatura NE-SO del Guadiana dominando los llanos de Guareña. Pero es el cerro de Alange (485 metros), en la desembocadura del Palomillas en el Machel, el punto estratégico crucial en esta zona, no sólo por su posición central respecto a la inflexión del Guadiana, sino también por el control visual de los principales vados de la comarca, de la propia desembocadura del Machel –que parece marcar una ruta prehistórica de gran importancia entre el Guadiana y la cuenca del Guadalquivir– sus condiciones defensivas naturales y su visibilidad desde Tierra de Barros. Constituye por tanto un punto referencial ineludible y no sólo con respecto al eje N-S puesto que en el E-O- se erige como el lugar de control territorial más importante entre las Vegas altas y bajas del Guadiana.

Mérida ciudad se enclava dentro de este territorio en una posición excéntrica, junto al Albarregas, en zona de acusado contraste geológico y sedimentológico, en la puerta de las Vegas

bajas, ciertamente con valor estratégico también, pero sobre todo debido a que está arropada por otros accidentes del paisaje. Hoy todo el marco físico de la comarca se encuentra muy transformado, pero a pesar de ello puede recordarse con carácter general como la climax vegetal de la misma corresponde al bosque mediterráneo espeso.

2

LA TERRITORIALIDAD DE LA PRIMERA OCUPACIÓN ESTABLE: EL CALCOLÍTICO

Dentro del espacio físico de la comarca se conocen desde hace muchos años restos del Paleolítico inferior y medio (Enríquez y Jiménez, 1989), que han hecho su aparición incluso en la misma ciudad, pero carentes de contextos estratigráficos, geológicos y culturales. Se trata así de industrias de piedra tallada, sin más posibilidades de estudio que las tecnológica y tipológica de los objetos. Hay también indicios de un Neolítico tardío, atisbado de momento sólo en la cueva de la Charneca en Oliva de Mérida (Enríquez, 1986) y más claro es ya el inicio de un poblamiento estable a partir del Neolítico final, momento en el que aparecen pequeños poblados o aldeas, tal vez sólo estacionales, contemporáneas de los últimos momentos del Megalitismo regional, de carácter económico agropecuario, cuyos vestigios se conocen en yacimientos como los de Araya, Camino de Meriendas y Albarregas (Enríquez, 1990a). Este último se instaló en plena ciudad actual, donde constituye el primer asentamiento humano de cierta importancia en lo que es Mérida, pero se encontró prácticamente arrasado por la implantación de una necrópolis romana en el mismo lugar (Enríquez y Gijón, 1989). Algunos restos prehistóricos, tal vez de la misma época, se han encontrado en el circo romano.

Estos poblados pequeños y sencillos, abiertos, monofásicos, que sociológicamente podrían corresponder a estructuras sociales de tipo cláni-

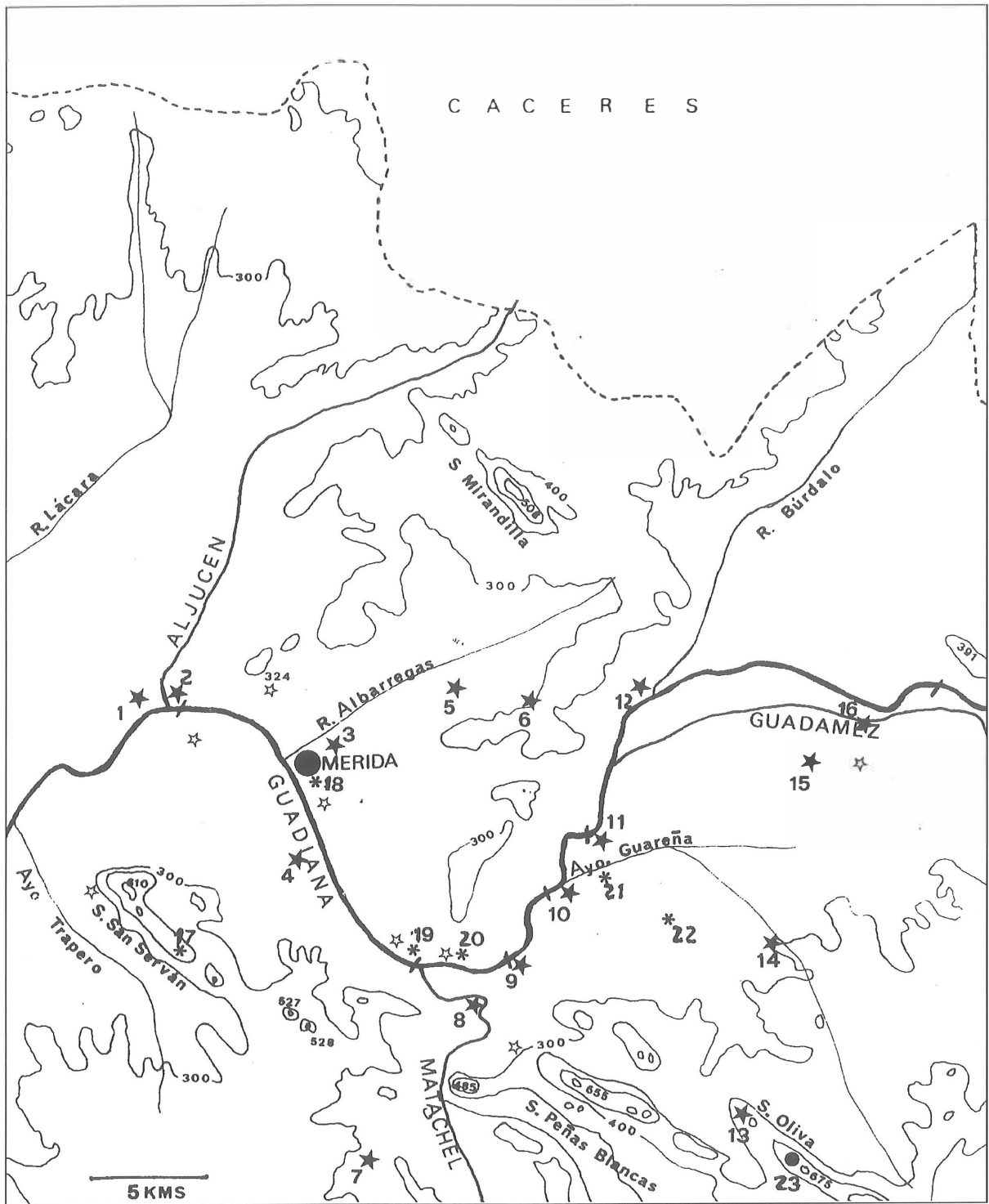


Fig. 1 Dispersión de yacimientos calcolíticos (según Enríquez y Jiménez, 1989 ampliado n.º 3, 4, 5, 6, 18). Fase plena y final.

- ★ POBLADOS
- * YACIMIENTOS CON CERÁMICA
- YACIMIENTOS EN CUEVA
- ☆ TALLERES LÍTICOS

co, fueron abandonados en los inicios del Calcolítico para inaugurar otros asentamientos nuevos de mayor entidad.

El Calcolítico significó, entre otras cosas, la consolidación de un poblamiento estable y continuado en la zona (Enrriquez y Jiménez, 1989, 71), de la mano de un modelo de sociedad ya compleja, cuya disposición territorial muestra una diversidad tipológica importante de los asentamientos, dentro de una red interrelacionada y complementaria. La dispersión de los yacimientos expresa un carácter selectivo, que valora, controla y explota tres variables territoriales sobre todo: el río y sus aledaños con el control efectivo de las desembocaduras de los afluentes del Guadiana en la comarca, los vados o pasos de cruce del Guadiana, junto a las vías que a ellos conducen, y las áreas con mayor extensión de suelos de buena capacidad agrícola (Enrriquez, 1990a). En estas zonas además no se trata sólo de un aprovechamiento y control a base de unidades habitacionales en forma de poblados y aldeas (Fig. 1), sino que también hay que valorar la existencia de otros tipos de yacimientos, como los denominados yacimientos indeterminados con cerámica –tal vez chozas, campamentos eventuales, áreas de actividades económicas no detectadas, torres de vigilancia en el caso de la sierra de San Serván, etc–, talleres líticos y un gran número de abrigos con pinturas rupestres esquemáticas, que en buena parte hay que fechar en esta época.

La localización de un pequeño poblado calcolítico junto a una mina explotada de cobre llevada a cabo por Craig Merideth en la zona del Berrocal, muy cerca del Guadiana, plantea la posible asociación de dicho poblado con la extracción de mineral de cobre. Ciertamente las observaciones de Merideth no pueden asegurar una correlación entre mina y poblado, pero abren una posibilidad de investigación para confirmar o rechazar la explotación y comercio de

mineral de cobre por parte de las poblaciones calcolíticas instaladas en la comarca.

Para los momentos finales del Calcolítico puede apuntarse una jerarquización de asentamientos, con poblados de mayor tamaño, como la Palacina y Las Lomas, que concentra elementos de prestigio y una mayor riqueza material, posiblemente por cumplir una función destacada en la acumulación y reparto de excedentes, frente a otros poblados pequeños y de elementos materiales de peor calidad, alguno de los cuales cumplía además funciones o papeles especializados dentro de esa red interrelacionada de asentamientos ya jerarquizada (Enrriquez, 1990a, 260). Es la fase durante la que aparece la cerámica campaniforme, se incrementa el número de objetos metálicos y se desarrollan nuevas formas de expresión del poder, cuya plasmación puede apreciarse en los ídolos antropomorfos masculinos de la comarca, con una iconografía que hay que poner en relación con una visión mítica pero ya antropocéntrica del poder en relación con el carácter colectivo y esquemático de la plástica cosmogónica de tradición megalítica. Los cambios culturales que se gestan a finales del Calcolítico vinieron así a sentar las bases para un desarrollo del papel social destacado del individuo y la concentración de los resortes del poder.

Este poblamiento intenso e importante de la comarca utilizó los alrededores de la ciudad actual, que ya estuvo ocupada en la zona del Albarregas por un pequeño poblado de finales del Neolítico como se indicó. De hecho se conocen restos calcolíticos asociados a posibles fondos de cabañas en el estadio municipal de fútbol, tal vez correspondientes a un pequeño asentamiento eventual ya que los vestigios de la zona no son suficientes como para señalar un poblado estable. Hay también algunos otros elementos dispersos, pero no se puede hablar de momento de poblados importantes o de primer orden ni de un enclave especialmente destacado dentro de la red

comarcal, sino de un punto, como lo están las inmediaciones de toda las desembocaduras de los afluentes del Guadiana como enclaves de control económico y espacial. Es preciso salir de la ciudad para encontrar en sus inmediaciones algunos poblados calcolíticos de buena extensión.

3

Reorganización del territorio.

La Edad del Bronce

La Edad del Bronce dio paso a un nuevo planteamiento ocupacional de la comarca, que cuenta con la única secuencia estratigráfica de la Cuenca media del Guadiana conocida e investigada hasta el momento: Alange (Pavón, 1992, 1993, 1994, 1995 a y b). La reorganización del poblamiento surge del abandono durante la fase de transición a la plena E. del Bronce de los lugares ocupados en el Calcolítico final. A partir de este episodio, Alange, cuya primera fase de ocupación guarda cierta continuidad de cultura material con yacimientos como La Palacina, pasa a cumplir una función aglutinadora destacada que prácticamente va a continuar hasta la fundación de Augusta Emerita. A pesar de ello, no faltan otros vestigios representativos de la plena E. del Bronce como es el caso de las cistas de Arroyo de San Serván (Enríquez y Jiménez, 1989, 107), que atestiguan nuevas costumbres funerarias que rompen con la tradición del carácter colectivo de los enterramientos, con sus consiguientes implicaciones ideológicas y socioculturales. Por otra parte, se conocen algunas piezas puntuales fuera de contexto, como una serie de hachas planas de bronce de Valdetorres.

Las investigaciones en Alange han proporcionado algunos aspectos paleoambientales y económicos de gran interés para conocer la dinámica de sus pobladores. Se ha constatado así una degradación del bosque de encinas producida por acciones antrópicas de sobreexplotación, con la aparición de especies degenerativas y otras

de ribera. También la documentación de una agricultura de secano basada en cereales como el trigo duro y la cebada y en algunas leguminosas como el haba, complementada con una ganadería diversificada, con predominio del ganado vacuno y ovicáprido (Pavón, 1995a, 41, 1995b). Es decir, la consolidación de sistemas productores agropecuarios con especies ya manipuladas como es el caso de las habas (*vicia faba vard. minor*) y un predominio de las especies domesticadas sobre las salvajes, con el aprovechamiento no sólo de los productos primarios, sino también secundarios (Pavón, 1992, 85).

Algunos elementos de prestigio social, como ciertas vasijas y una daga de cobre con remaches y empuñadura de oro (Pavón, 1995b), apuntan en dirección a la posible existencia de ciertas élites sociales cuyo carácter guerrero, al menos en cuanto a la simbología del poder, se desarrollarán plenamente durante el Bronce final.

Precisamente al Bronce final pertenecen una serie de asentamientos y de hallazgos casuales, algunos de ellos ya conocidos, que permiten una acercamiento al sistema de poblamiento desplegado en los inicios del I milenio A. C. Además de la continuidad ocupacional de Alange hay que considerar un grupo de pequeños asentamientos enclavados en llanos o suaves lomas, en relación directa con los cursos de agua y en ocasiones con los propios vados del Guadiana, de carácter seguramente agrícola: Travieso, Los Corvos, Isla Gorda, Holgados, Atalaya y la propia Mérida en la zona de Morerías (Enríquez, 1990b; Pavón, 1995b). El panorama se completa con otros como el cerro de La Oliva, en Oliva de Mérida, en alto y con dominio visual sobre los llanos del Guadiana, que tendría por tanto una función de control sobre la zona E. de la comarca y el acceso desde allí a los vados (Fig.2).

Por otra parte, entre los hallazgos casuales hay que recordar las espadas rotas y arrojadas al río de la presa de Montijo –rasgo cultural en conso-

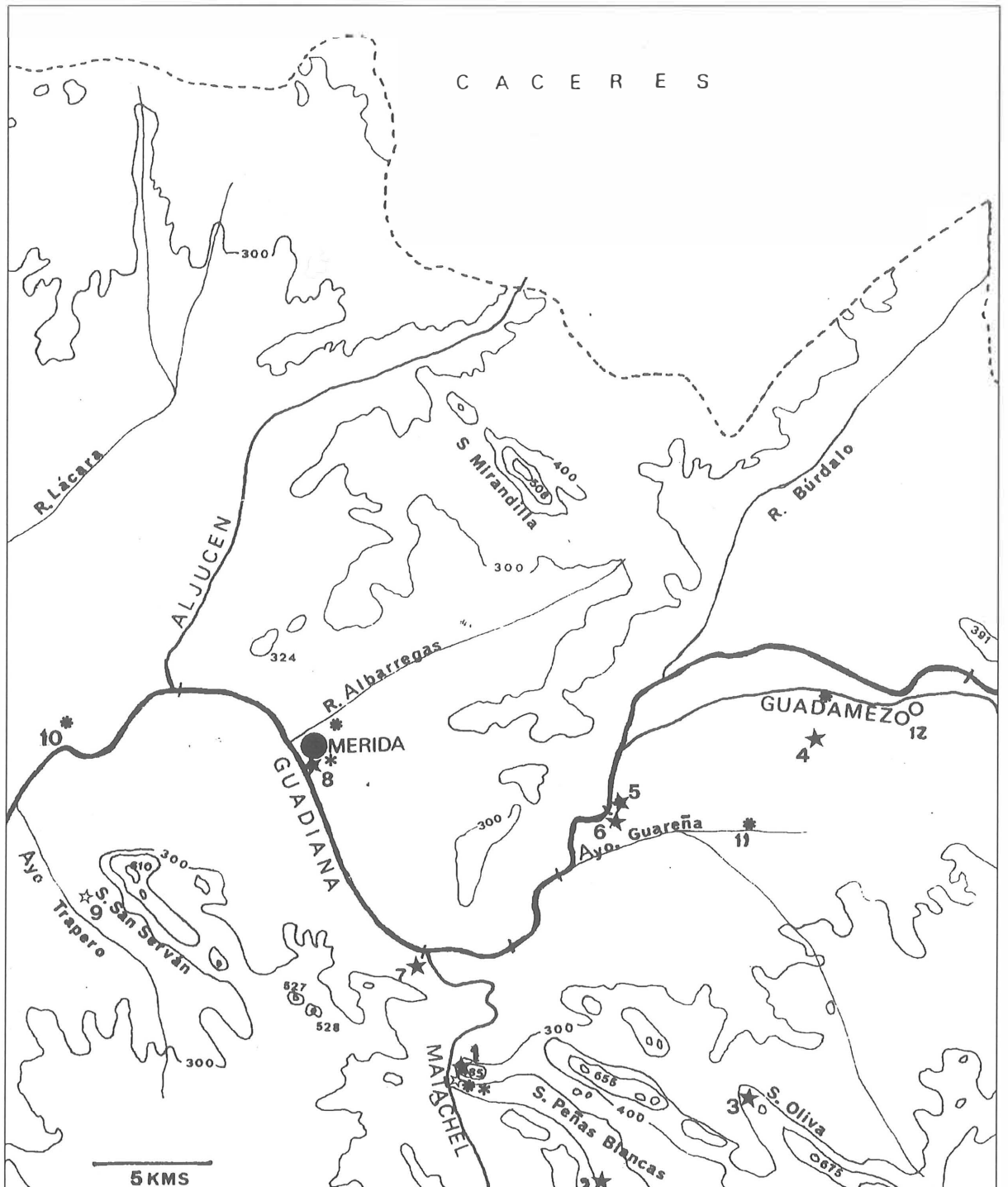


Fig. 1 Dispersión de yacimientos y hallazgos de la E. del Bronce

- ★ POBLADOS
- ☆ ENTERRAMIENTOS
- * BRONCES
- * PIEZAS ÁUREAS
- ESTELAS

EL LLAMADO PERÍODO ORIENTALIZANTE Y LA EDAD DEL HIERRO

En algunos de los poblados ocupados durante el Bronce final se detecta la aparición de las primeras cerámicas a torno, que junto a otros nuevos elementos ideológicos de fondo y tecnología entroncadas con el complejo y aún problemático proceso de orientalización de las tierras que conforman la periferia del núcleo tartésico (Almagro Gorbea, 1977,1990; Rodríguez Díaz, 1994), inauguran lo que convencionalmente se ha venido denominando la Edad del Hierro.

La única excavación correspondiente al período Orientalizante llevada a cabo en la comarca de Mérida tuvo como objeto de estudio una corta serie de tumbas encontradas junto a la desembocadura del río Aljucén en el Guadiana (Enríquez y Domínguez, 1991), con claros paralelismos en Medellín (Almagro Gorbea, 1977, 1991) y conexiones tipológicas con el variado trasunto orientalizante de Andalucía occidental y S.O. peninsular. Aunque no se ha podido localizar el poblado al que correspondería la necrópolis, las características de ésta y su entorno apuntan en dirección a una comunidad pequeña de carácter seguramente agrícola asentada junto al Guadiana, que es vadeable precisamente en las inmediaciones del lugar en que se sitúa la necrópolis. Pero junto a estos restos, hay que volver a aludir al cerro del castillo de Alange, cuyos materiales de superficie en la parte alta exponen la continuidad de poblamiento, que representa un patrón distinto de ocupación del territorio: un castro grande ya activo desde los inicios del II milenio, es decir en la Edad del Bronce. Pero tampoco hay que olvidar la serie de piezas orientalizantes de índole funerario y ritual, pero descontextualizadas, conocidas y divulgadas desde hace tiempo: el jarro de La Zarza, o jarro de Mérida como muchas veces se le ha denominado, el guerrero de Mérida, el carrito de Mérida y el *kernos* de la

nancia con pautas de comportamiento del Bronce final atlántico-, las hachas metálicas de Guareña y Mérida, el propio tesorillo de Mérida, que si no es de Mérida puede serlo de la zona por ser el único en su especie junto a su paralelo del Olivar del Melcón en Badajoz (Enríquez, 1995), y las estelas de guerrero de Valdetorres (Enríquez y Jiménez, 1989).

La dispersión de todos esos lugares y elementos ofrece una mayor concentración en la parte centro-este de la comarca, cerca de los mejores vados. Allí, Alange, por el tamaño del poblado, situación geoestratégica, campo visual y secuencia ocupacional, parece vertebrar a los pequeños asentamientos de llano fluvial tanto del Guadiana como de sus afluentes. La Oliva, como se ha dicho, parece cumplir una función específica de control dada su situación y campo visual, pero secundaria a tenor de su tamaño y escasa acumulación de riqueza. Alange parece ser así el punto nuclear del territorio en estos momentos, con el Guadiana y sus accesos como eje articulador, donde nuevamente vemos un control directo de los principales vados, como ocurría en el Calcolítico pero con distinta disposición (Fig.2). Dentro de esta documentación no faltan símbolos de poder y prestigio social como las espadas, piezas áureas, estelas, que permiten conectar este poblamiento con la emergencia de las élites jerarquizadas del Bronce final vinculadas a redes comerciales, territorios, caminos y ciertos recursos económicos (Ruiz Gálvez, 1992).

Sobre los hallazgos de la ciudad de Mérida hay que puntualizar que el hacha de talón y anillas procede de los alrededores, mientras el tesorillo áureo no tiene lugar concreto (Almagro Gorbea, 1977; Harrison, 1977). Contamos por tanto de momento con los restos de cabañas de Morerías, que cabe valorar, a pesar de estar muy alteradas por las ruinas romanas, como un pequeño enclave de llano fluvial, con una sola fase de ocupación, de carácter secundario y puntual.

Alcazaba (Blázquez, 1976; Almagro Gorbea, 1977).

El jarro, encontrado en 1957, procede de La Zarza, sin más referencias, y pudiera haber correspondido al enterramiento de un alto personaje que utilizó ese símbolo de prestigio de raíz orientalizante bien atestiguado y extendido por la región. El carrito es también un objeto ritual que pudiera asociarse igualmente a manifestaciones funerarias, pero se carece de cualquier dato relativo a él y la figurita del guerrero, más dudosa en cuanto a su procedencia, tampoco es posible situarla en su contexto ni siquiera de forma aproximada. Muy similar es el caso del kernos o pieza con vasos unidos para mezclar líquidos, con respecto al que sí consta al menos que apareció en una escombrera de la Alcazaba emeritense. En cualquier caso se trata de objetos simbólicos, que hay que entender como emblemas de personajes destacados de la época, es decir objetos de lujo al alcance sólo de una élite.

En función de la dispersión de todos estos elementos, o sea, de los pequeños poblados del Bronce final que se orientalizan y luego se abandonan, de la pervivencia de Alange, de nuevos enclaves como el del Aljucén y de los mencionados objetos rituales, incluidas las estelas de guerrero de Valdeterres, resulta tentador hablar de un poblamiento disperso, de carácter económico agrícola-pecuario intensivo, que tendría como centro nuclear el cerro del castillo de Alange y que poseería una estructura social con jefaturas locales detentadoras de símbolos de poder orientalizados, que controlarían el territorio y sus recursos, incluidos los caminos. No obstante, ello no puede más que conjeturarse, aunque cabe destacar el hecho de que el modelo tiene su fundamento en que durante el Período Orientalizante los enclaves estratégicos que controlan los pasos del Guadiana medio: Badajoz, Alange, Medellín, Orellana, etc., se encontraban en activo, como lo estaban en el Bronce final, y generaron en sus

alrededores otros habitats más especializados y pequeños: Santa Engracia (Badajoz), Aljucén (Mérida), Mengabril (Medellín), Gargáligas o Los Tercios (Orellana), etc., donde esa especialización de actividades se centró en la explotación intensiva de los recursos económicos del medio físico.

Para los últimos momentos del período Orientalizante la comarca de Mérida cuenta con un yacimiento donde no se ha excavado pero que es de notable interés: el Turuñuelo (Enríquez y Jiménez, 1989,155). Se trata de un túmulo junto al valle cuyos materiales de superficie vienen a situarse en torno al siglo V a. C. guardando sugestivos paralelismos con los del edificio de Cancho Roano (Celestino, 1992). Cualquier valoración relativa a su entidad sería arriesgada y especulativa pues se desconoce lo esencial de él, pero a tenor de los escasos datos y de las observaciones sobre el terreno resulta tentador barajar la posibilidad de que esté en la línea de edificios como el propio Cancho Roano, La Mata en Campanario o el Torrejón de Abajo en Cáceres (Rodríguez Díaz, 1994, 113), que a pesar de sus diferencias y particularidades pudieron constituir centros de orientalización tardía, retroalimentadores en su última fase de los estímulos orientalizantes, en grandes distintos, del territorio en que se ubican. Esta hipótesis de trabajo de Rodríguez Díaz sobre el significado último de los tres edificios citados anteriormente, que futuros trabajos deberán intentar aclarar, ayudaría a comprender mejor los mecanismos de pervivencias orientalizantes y su dinámica en el s. V a. C. Además, el momento de abandono de este tipo de edificios viene a coincidir con el desencadenamiento de una nueva estrategia de poblamiento en los inicios de la 2.^a Edad del Hierro.

La 2.^a Edad del Hierro no ha proporcionado hasta ahora muchos testimonios arqueológicos en la comarca y no se han realizado excavaciones

en ningún poblado. No obstante, a pesar de ser corta la serie de datos conocidos hay que integrar éstos, por pocos que sean, en la dinámica general del poblamiento prerromano de la cuenca media del Guadiana. En este campo, los estudios de Rodríguez Díaz (1989, 1990, 1995 a, b, c) han puesto de manifiesto una reorganización general del poblamiento a partir del s. IV a. C., con la utilización de nuevos lugares como habitat, pero también una continuidad selectiva de poblamiento en puntos concretos de gran valor estratégico, como por ejemplo los principales pasos del Guadiana: Badajoz, Alange, Medellín, etc., que forman lo que se apunta como “facies Guadiana” con una secuencia ininterrumpida desde el Bronce final. Por otra parte, las características de los asentamientos, su integración en el paisaje, cultura material y actividades económicas han permitido ir configurando una serie de círculos culturales (Rodríguez Díaz, 1995 b y c) que dejan a la comarca de Mérida como un lugar de encuentro entre los círculos lusitano-vetton y túrdulo-turdetano, con especial relación con el último que a través del Matachel enlaza el eje Alange-Hornachuelo y zona minera del S.E. de la actual provincia. No en vano Strabón y Plinio situaron a Mérida en antiguo territorio turdetano, mientras el poeta Prudencio más tarde, en el s. IV d. C., habla de Mérida como antiguo territorio vetton.

Dentro de esta dinámica, hay que apuntar la continuidad aludida de Alange, que representaría en la comarca a los castros de la facies Guadiana. De igual modo la pervivencia del pequeño poblado secundario de La Oliva, como ejemplo también de perduración por su valor estratégico de índole local o comarcal. Pero junto a ellos, nuevos enclaves surgidos en este momento, como el pequeño poblado cercano a Valdeterres, que ya estuvo ocupado en el Calcolítico y en el Bronce final, y sobre todo los verdaderos castros amurallados de la Sierra del

Vidrio y los de San Pedro de Mérida (Enríquez y Jiménez, 1989, 154-55) (Fig. 3), que vienen a ser la expresión de la nueva disposición territorial que la época prerromana trae consigo. Es posible que haya que situar otro castro de la 2.^a Edad del Hierro en el tramo bajo del Aljucén, a 1,5 kilómetros de su desembocadura, donde se ha detectado un yacimiento en una loma destacada sobre el río, pero sin que los materiales cerámicos encontrados permitan atribuirlo con seguridad a este período. Tal vez sea este el lugar que recogió Álvarez Sáenz de Buruaga y que menciona Álvarez Martínez (1984) cuando se refiere a un castro cerca de la estación de ferrocarril del Aljucén y que nosotros interpretamos como el posible poblado de la necrópolis orientalizante allí excavada, que supusimos había sido destruido por la modernas construcciones efectuadas (Enríquez y Jiménez, 1989, 154). En cualquier caso, la posible ubicación de un castro en este punto sería plenamente coherente con el control estratégico del corredor del río Aljucén, que sirve de enlace y vía natural entre el valle del Guadiana y los altos de Montánchez que se abren a la penillanura cacereña.

Estos castros de la 2.^a Edad del Hierro acusan desde el s. II a. C. la presencia romana y la sucesión de episodios bélicos que a partir de entonces tuvieron lugar de manera casi ininterrumpida en el territorio extremeño hasta el pleno dominio político romano. Para comprender este proceso desde la óptica del poblamiento indígena, creemos que es tremendamente sugestiva la distinción que Rodríguez Díaz apunta entre castros y *oppida* en la cuenca media del Guadiana, cuyas secuencias estratigráficas no siempre coinciden, de tal modo que el auge de los últimos parece coincidir con el declive de los primeros, pasando así los *oppida* a desempeñar las bases gestoras sobre las que se arbitraron los procesos que condujeron a la romanización (Rodríguez Díaz, 1995b, 108).

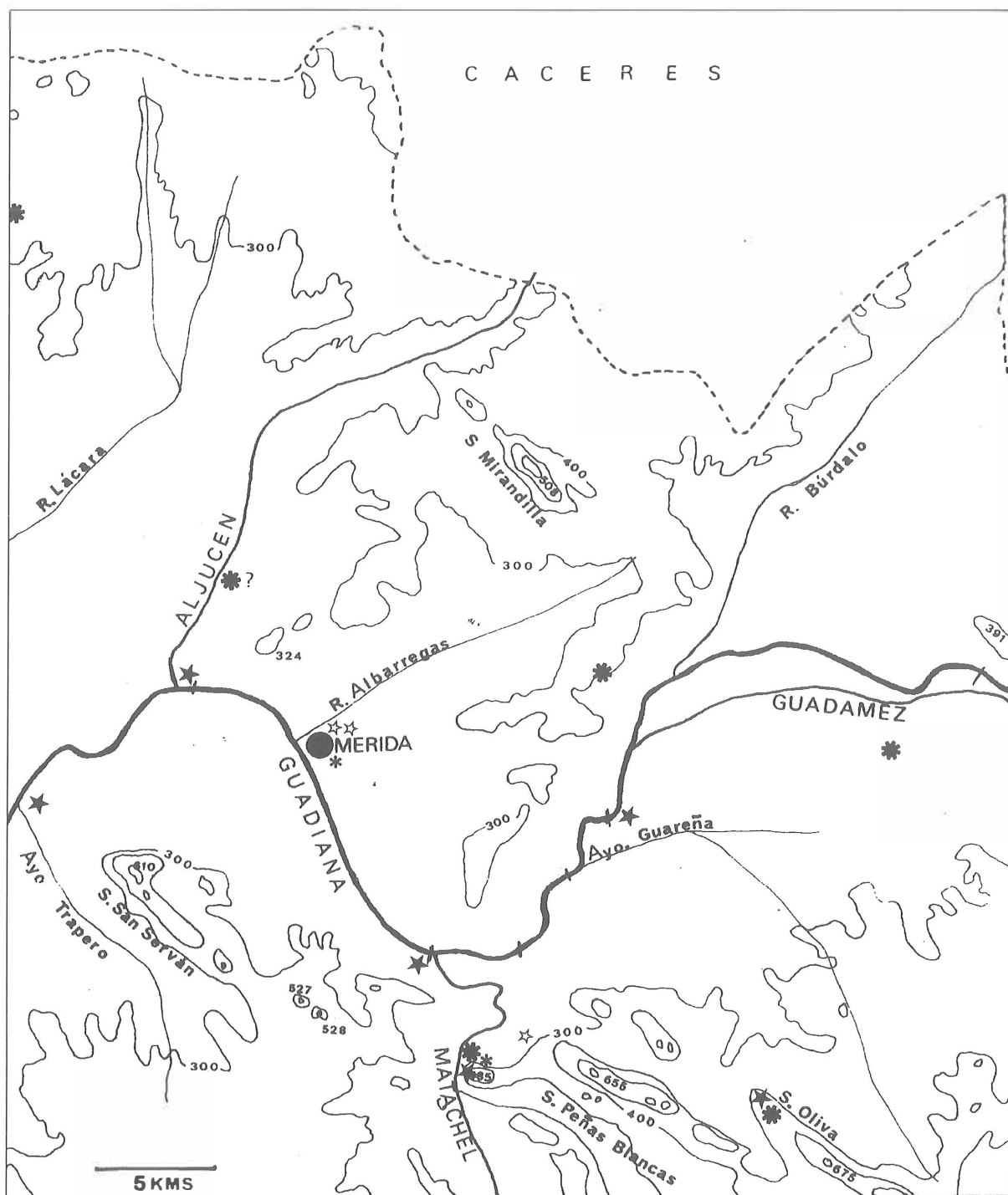


Fig. 3 Dispersión de los yacimientos de la E. del Hierro

- ★ YACIMIENTOS ORIENTALIZANTES
- * YACIMIENTOS DE LA 2.º E. DEL HIERRO
- ☆ BRONCES Y HALLAZGOS ORIENTALIZANTES
- ⊙ BRONCES Y HALLAZGOS PRERROMANOS

Dentro de este aspecto, las investigaciones llevadas a cabo al sur del Guadiana, en el marco físico de la antigua Beturia, resultan en gran medida clarificadores, de manera especial por el hecho de que desde época republicana se constata una política de recolocación y concentración de la población en puntos determinados –de los que Hornachuelos es el paradigma para la Beturia túrdula– con el fin de controlar militarmente un territorio conflictivo y que contaba con importantes recursos agropecuarios y mineros explotados ya desde entonces (Rodríguez Díaz, 1995c, 238). Los *oppida* jugarían muy probablemente ese papel de “células de romanización” como apunta Rodríguez Díaz, mientras los castros, y entre ellos Alange ligado como eje referencial a la Beturia túrdula, atravesarían por diversos episodios que condujeron a su abandono en época de César o bien en los inicios del s. I d. C. Sólo castros muy determinados, y por razones estratégicas muy concretas, pasaron a convertirse en ciudades romanas, como Medellín, a la que pronto eclipsaría Mérida como centro romanizador. No fue este último por tanto el caso del castro de Badajoz ni de Alange puesto que las transformaciones territoriales romanas eligieron un modelo de ciudad romana capaz de desarrollarse como tal y que sustituyese al castro como unidad habitacional.

Estos procesos son peor conocidos en el círculo lusitano-vettón, pero también en él se confirma el abandono generalizado de los poblados indígenas a raíz de diversos episodios militares (Hernández, 1993,122; Esteban, 1993,71), que supusieron una profunda transformación geoestratégica de su territorio, sobre la que dan buena cuenta las fuentes escritas (Canto, 1995).

Ese sistema articulador de desgaste de los castros como núcleos poblacionales indígenas y potenciador de los *oppida* como elementos de romanización, junto al control efectuado desde otros establecimientos de diferente concepción

como los recintos-torre de La Serena (Ortiz, 1991) y los campamentos en el eje Guadiana-Tajo, se vio acentuado tras las revueltas sertorianas con las fundaciones cesarianas (Canto, 1989), para culminar el proceso con la creación de la provincia de Lusitania y la reestructuración administrativa que la acompañó.

En este punto no está de más resaltar de nuevo cómo en el lugar que ocupa la ciudad de Mérida no hay hasta ahora elementos suficientes para hablar de un castro ni de un *oppidum*. Ello ni argumenta ni desmiente la teoría de Canto sobre el origen cesariano de Mérida (Canto, 1989), pero si así fue debió ser un establecimiento nuevo, que no aprovechó ninguna unidad poblacional indígena. Por otro lado, el carácter que Canto otorga a dicha fundación tampoco contradice, desde el punto de vista territorial, que el proceso romanizador del poblamiento indígena se transformara de manera radical y casi traumática con la reorganización político administrativa de la Ulterior, que reestructuró el territorio con diferentes estrategias combinadas, entre las que se encuentra la fundación de nuevas colonias y entre ellas Mérida como un eslabón más de dicha política, aunque determinante para el espacio en que se ubica. Esta nueva vertebración del espacio trajo consigo el desmantelamiento del eje que desde el S.E. de la actual provincia de Badajoz llegaba al Guadiana por Alange, restando protagonismo a su función como centro nuclear dentro de la comarca y sustituyendo el trazado viario, que ahora –y a través de la Vía de la Plata– vendría a cruzar el Guadiana en la comarca por el puente, fuese de barcas o de madera inicialmente y después de piedra, con el que se dejaba bien patente una alta capacidad tecnológica. Pero también un símbolo de transformación emblemática, tanto civil como militar. De esta manera se cambiaron los puntos referenciales del territorio, el valor estratégico de los mismos y su adecuación a un nuevo

sistema de control y organización territorial, más amplia y compleja, que fue acompañada de una transformación en la orientación económica explotadora, que a partir de entonces iba a ser de base eminentemente agrícola. En definitiva, la consolidación de una verdadera organización estatal de corte imperialista, a la que por sí misma no llegó nunca la organización sociopolítica indígena, y que tiene en la fundación de Mérida su emblema transformador.

CONCLUSIONES

En resumen, las conclusiones que pueden extraerse del actual registro arqueológico sobre el poblamiento pre y protohistórico de la comarca de Mérida son claras. A partir del desarrollo de sociedades complejas capaces de implantar sistemas de explotación y control territorial definibles, el protagonismo ha gravitado en función

de diversos factores y el espacio físico de la ciudad romana sólo aparece como un punto espacial utilizado de manera puntual y discontinua. Los procesos culturales desarrollados en la comarca han tenido allí únicamente un reflejo secundario e incompleto. No es sino con la fundación de una ciudad –concepto territorial novedoso–, concebida dentro de un proyecto de desintegración y transformación cultural y territorial, cuando se produce el “cambio”, que hará del lugar geográfico de Mérida un punto relevante, con la sustitución de los ejes gravitatorios y la estructuración de un nuevo poblamiento, que afectó como relación causal a los sistemas de subsistencia y a las relaciones geográficas intracomarcales e interregionales.

Badajoz, diciembre 1995

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M. 1977: *El Bronce final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Madrid
- 1990: El Período Orientalizante en Extremadura. La Cultura tartésica y Extremadura. Mérida.
- 1991: La necrópolis de Medellín. *Extremadura Arqueológica II*. Mérida-Cáceres
- ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M. 1983: *El puente romano de Mérida*. Badajoz.
- 1984: Consideraciones sobre la Mérida prerromana. *Revista de Estudios Extremeños XL*, I. Badajoz
- BLÁZQUEZ, J. L. 1976: Los bronce de la Mérida prerromana. *Augusta Emerita*. Madrid.
- CANTO, A. 1989: Colonia Iulia Augusta Emerita: Consideraciones en torno a su fundación y territorio. *Gerion* 7. Madrid.
- 1995: Extremadura y la romanización. *Extremadura Arqueológica IV*. Badajoz
- CELESTINO, S. 1992: Cancho Roano. Un centro comercial de carácter político - religioso e influencia oriental. *Revista di Studi Fenici XX*. Roma.
- CRIADO, F. 1993: Límites y posibilidades de la Arqueología del paisaje. *Spal* 2. Sevilla.
- ENRÍQUEZ, J. J. 1986: Excavaciones de urgencia en la cueva de la Charneca, Oliva de Mérida (Badajoz). *Noticario Arqueológico Hispano* 28. Madrid.
- 1990a: *El Calcolítico o Edad del cobre en la cuenca extremeña del Guadiana: los poblados*. Badajoz.
- 1990b: Sobre algunos poblados del Bronce final de la provincia de Badajoz. *Norba* 10. Cáceres.
- 1995: El tesoro de la Edad del Bronce del Olivar del Melcón (Badajoz). *Extremadura Arqueológica V*. Madrid.
- ENRÍQUEZ, J. J., y JIMÉNEZ, E. 1989: *Las tierras de Mérida antes de los romanos*. *Prehistoria de la comarca de Mérida*. Mérida.
- ENRÍQUEZ, J. J., y GIJÓN, E. 1989: Los materiales prehistóricos de la necrópolis romana del Albarregas. *Revista de Estudios Extremeños LXV*. Badajoz.
- ENRÍQUEZ, J. J., y DOMÍNGUEZ, C. 1991: Restos de una necrópolis orientalizante en la desembocadura del río Aljucén (Mérida, Badajoz). *Saguntum* 24. Valencia.
- ESTEBAN, J. 1993: El poblado y necrópolis de La Coraja. Aldeacentenera, Cáceres. *El proceso histórico de la Lusitania oriental en época prerromana y romana*. Mérida.
- HARRISON, J. R. 1977: A Late Bronze Age Grave Group from Mérida. Prov. Badajoz. *Madrider Mitteilungen* 18.
- HERNÁNDEZ, F. 1993: El yacimiento de Villasviejas y el proceso de romanización. *El proceso histórico de la Lusitania oriental en época prerromana y romana*. Mérida
- MACÍAS, M. 1913: *Mérida monumental y artística*. Barcelona.
- ORTIZ, P. 1991: Los recintos torre de La serena. Excavaciones en Hijojejo (Quintana de la Serena, (Badajoz). *Revista de Estudios Comarcales* 2. Don Benito.
- PAVÓN, I. 1992: La solana del Castillo de Alange: una propuesta de secuencia cultural de la Edad del Bronce en la cuenca media del Guadiana. *Norba* 11-12. Cáceres.
- 1993: La solana del castillo de Alange: un yacimiento de la Edad del Bronce en la cuenca media del Guadiana. *Spal* 2. Sevilla.
- 1994: *Aproximación al estudio de la Edad del Bronce en la cuenca media del Guadiana: la Solana del Castillo de Alange*. Cáceres.
- 1995a: La Edad del Bronce. *Extremadura Arqueológica IV*. Badajoz.
- 1995b: *El tránsito del II al I milenio a. C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: La Edad del Bronce*. Tesis doctoral. Universidad de Extremadura.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. 1989: La Segunda Edad del Hierro en la Baja Extremadura: problemática y perspectiva en torno al poblamiento. *Saguntum* 22. Valencia.
- 1990: Continuidad y ruptura cultural durante la Segunda Edad del Hierro en Extremadura. *La cultura tartésica y Extremadura*. Mérida.
- 1994: El valle medio del Guadiana, espacio de frontera en la Protohistoria del Suroeste I. *Saguntum* 27. Valencia
- 1995a: Territorio y etnias prerromanas en el Guadiana medio: Aproximación arqueológica a la Beturia túrdula. *Célticos y túrdulos: la Beturia*. Mérida.
- 1995b: Extremadura prerromana. *Extremadura Arqueológica IV*. Badajoz
- 1995 c: El valle medio del Guadiana, espacio de frontera en la Protohistoria del Suroeste II. *Saguntum* 28. Valencia.
- RUIZ GÁLVEZ, M. 1992: La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Prehistoria de la península Ibérica. *Spal* 1. Sevilla.
- SOS BAYNAT, V. 1964: Geología de las inmediaciones de Mérida (Badajoz). *Boletín del Instituto Geológico y Minero de España* 75. Madrid.